La familia misionera de María

Marzo 22 *Como María Vatanovich lo contó a MISIÓN*

Cuando un misionero entra a trabajar en una área nueva, toda la familia se involucra en la obra de Dios.

[Pídale a una adolescente que presente este relato en primera persona.]

Mi nombre es María. Mi familia y yo somos misioneros en Asia Central. Nos mudamos a una ciudad muy grande de esta región en el año 2005.

Llegamos sin conocer a nadie aquí, pero estábamos entusiasmados por compartir el amor de Dios. Sin embargo, primero tuvimos que encontrar donde vivir. Mis padres pasaron varios días buscando un departamento para alquilar. Pero cuando la gente se enteraba de que éramos cristianos, y peor todavía, que éramos misioneros, nos echaban. Estoy segura de que mis padres se sentían un poco desilusionados; pero al fin, encontraron un departamento que nos permitieron alquilar.

Otras personas hacían difícil nuestra permanencia en el pueblo. Un día llegaron unos oficiales a la casa y se llevaron a mis padres a la estación de policía. Los interrogaron por horas, examinaron sus documentos, y revisaron algunos de los libros religiosos que encontraron en el departamento. A pesar de que mi mamá tenía a mi hermanito en brazos, no la dejaban ir. Mis padres contestaron sus preguntas con sinceridad y les dijeron que eran adventistas del séptimo día. A pesar de todo lo que estaba pasando, mis padres buscaban una oportunidad para compartir la Palabra de Dios con los policías que los interrogaban. Después de horas de hacerles preguntas, el capitán le pidió a mi papá una Biblia para niños y algunas lecciones. Luego dejaron a mis padres en libertad. El Señor había convertido una situación difícil en una bendición por la cual le agradecimos mucho.

Nuevo hogar, nuevos problemas

Mis padres encontraron una casa pequeña en otra zona de la ciudad y nos cambiamos de residencia. Pero nuestra llegada fue anunciada en la casa de oración local y de nuevo llegaron los problemas. Unas pandillas de adolescentes llegaron a nuestras puertas, amenazándonos y buscando pelear. Pero mi padre, con calma, les recordó que sus acciones no estaban de acuerdo con las escrituras de su religión; les leyó unos pasajes de su

Biblia, y los jóvenes se fueron de la casa.

A menudo fuimos despertados de noche por piedras que golpeaban nuestro techo o que rompían nuestras ventanas. Una vez, alguien entró a la casa y robó un equipo muy caro que tenía mi padre. Después llegó de nuevo la policía, acusándonos de repartir drogas a los vecinos. Claro que no era cierto, pero tuvimos que soportar horas de interrogatorios.

A pesar de todas las dificultades que han vivido mis padres, siguen siendo fieles a Dios y al llamamiento de ser misioneros en esta ciudad. Poco a poco la gente he dejado de acosarnos y ha empezado a escuchar nuestro mensaje del amor de Dios.

Una oportunidad para compartir

Con frecuencia la gente me detenía en la calle y me preguntaban:

«¿Quién eres, y por qué estás aquí?» Una niña que me preguntó esto se convirtió en mi amiga. Su nombre es Fátima. Cuando me preguntó por qué había llegado a la ciudad, le dije que habíamos venido a compartir con la gente la Palabra de Dios. La invité a la casa por si quería conocer más acerca del Señor. Fátima vino y escuchó historias de Jesús.

Después de estudiar las lecciones bíblicas por un tiempo, ella decidió bautizarse. Ahora es miembro activo de la Iglesia Adventista.

Una vez, los maestros de la escuela programaron una cita con los padres un sábado. Le comenté a mi mamá y fue a ver a la maestra. Le informó a la maestra que éramos adventistas y que no participábamos en actividades seculares en sábado. En vez de enojarse, la maestra se interesó y quiso saber más sobre nuestra religión. Ella ha comenzado a estudiar la Biblia con mis padres.

Le conversé a Nadia, una amiga de la escuela, sobre mi fe. Ella le comentó a su mamá y ahora nuestras madres son amigas. La mamá de Nadia ha asistido a varios seminarios que han tenido mis padres y Nadia viene los sábados a participar del culto. Tiene una maestra distinta que la mía, pero le dijo que no asistiría a clases los sábados porque ese día, ella va a la iglesia.

Ser un misionero en Asia Central no es fácil, pero Dios nos ha dado paciencia y nos ha bendecido con nuevos amigos para Jesús. Sus ofrendas misioneras sostienen a obreros como nosotros en áreas difíciles donde damos a conocer el amor de Dios a los que nunca habían oído de él. ¡Gracias!

María Vatanovich y su familia son pioneros de MISIÓN Global que trabajan en Asia Central.

DATOS DE INTERÉS

☛ Los países de Asia Central incluyen a Kazajstán, Kirguizistán, Tadjikistán, Turkmenistán, y Uzbekistán. La mayor parte de los habitantes de esta región siguen la religión musulmana.

☛ Unos 26.8 millones de personas viven en los países de Asia Central, de los cuales, 6.600 son adventistas. Es decir, un adventista por cada 8.943 habitantes.